

Homilia de la beatificación – Bendito Hermano James Miller, FSC

*Cardenal José Luis Lacunza Maestrojuán, OAR, Obispo de David, Delegado del Papa Francisco para la Beatificación del Hermano James Miller, FSC
Huehuetenango, Guatemala - 7 de diciembre de 2019*

Querido hermano y amigo, el Cardenal Álvaro Ramazzini, obispo de esta Diócesis de Huehuetenango; su excelencia, el Arzobispo Nicolás Thévenin, [pasado inmediato] Nuncio Apostólico del Papa Francisco en Guatemala; querido Hermano obispo y Hermano Augustinian Recollect, Arzobispo Mario Alberto Molina Palma, OAR, Arzobispo de Los Altos Quetzaltenango-Totonicapán, del que es sufragáneo esta Diócesis de Huehuetenango; querido Hermano Obispo Gonzalo de Villa y Vásquez, SJ, presidente de la Conferencia Episcopal de Guatemala; Hermanos Obispos de Guatemala y Nicaragua que han venido a compartir la alegría y la gratitud de este momento por la Iglesia de Guatemala, la Iglesia Universal y nuestra Iglesia Centroamericana; querido Hermano Superior General de los Hermanos Lasallistas; querido Hermano Rodolfo Meoli, FSC, Postulador General del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; querida [Louise Shafranski], hermana del Hermano James y de su esposo, de la familia del Hermano James Miller que están aquí con nosotros representando a toda la familia, y recordándonos que son parte de nosotros, porque James Miller se hizo uno de nosotros y por nosotros dio su vida; queridos Hermanos Lasallistas de Guatemala y de toda Centroamérica, presentes aquí en esta celebración; religiosas, sacerdotes y fieles de esta Diócesis de Huehuetenango.

El 7 de noviembre, el Papa Francisco, en una audiencia concedida al Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, el Cardenal Angelo Becciu, autorizó a la Congregación a publicar el Decreto de Martirio del Siervo de Dios James Alfred Miller, quien fue despreciado y cobardemente martirizado el 13 de febrero de 1982, cuando tenía apenas treinta y siete años, a pocas cuadras de donde estamos ahora. La carta apostólica con la que el Santo Padre, el Papa Francisco, proclamó beato al Siervo de Dios James Alfred Miller, religioso profeso del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y que fue leída al principio de esta ceremonia, describe al Hermano James en tres aspectos: lo describe como un mártir, como un excelente educador de la juventud, y como un evangélico defensor de los pobres y oprimidos.

Escuchamos al Hermano Rodolfo Meoli, FSC recordándonos la vida del Hermano James en una breve biografía antes de la proclamación del Hermano James como beato: su nacimiento, su primer contacto con los Hermanos de las Escuelas Cristianas, su decisión de entrar en los Hermanos Cristianos, su entrada en el noviciado, su toma de hábito, y su primer destino en la Escuela Secundaria Cretin en Saint Paul, Minnesota, donde, además de sus deberes como profesor de español, inglés y religión, también estaba a cargo del mantenimiento del edificio y entrenaba un equipo de fútbol estudiantil. También escuchamos como en 1969, después de tomar sus votos perpetuos, fue enviado a Bluefields, Nicaragua (y tenemos con nosotros aquí al Obispo de Bluefields, el Obispo Pablo Smith, OFM Cap.). Después de cinco años, fue transferido a Puerto Cabezas, Nicaragua, donde sirvió con gran éxito como director de escuela y con gran reconocimiento por parte de un gobierno que estaba pasando por malos momentos. Este fue el gobierno dictatorial de la familia Somoza en los últimos años de Anastasio Somoza Debayle. Debido a esto, en 1979, en medio de la revolución sandinista, los superiores del Hermano James, temiendo por su seguridad en su trabajo a favor de la juventud, le ordenaron que abandonara Nicaragua. El Hermano James no trabajaba para el gobierno y no era colaborador del gobierno. Trabajó para ser un educador de la juventud y sus superiores temían que esto pudiera traer consecuencias fatales si se le identificaba como un posible somocista.

El Hermano James fue enviado de vuelta a los Estados Unidos para evitar una tragedia de cualquier tipo y regresó al lugar donde comenzó su camino como educador: escuela secundaria de Cretin.

Después de unos años, ante la insistencia del Hermano James de que su llamada era para enseñar entre los pobres, especialmente a los indígenas, sus superiores decidieron enviarlo a un lugar que presumían iba a ser más tranquilo: Guatemala.

Vino aquí a Huehuetenango y trabajó en el Centro Indio (la Casa Indígena de La Salle), donde los jóvenes mayas rurales e indígenas estudiaban y se formaban en agricultura. Recibieron formación en principios morales y en los valores humanos y cristianos tan típicos de la educación lasaliana. Un año después, en febrero de 1982, tres individuos con rostros cubiertos, cobardes y por detrás, dispararon al Hermano James y terminaron con su vida. No sé si los intentos de identificar a los asesinos fueron reales o no, pero ninguno de esos intentos tuvo éxito.

Desde el comienzo de su vocación de Hermano de las Escuelas Cristianas, todas las críticas de sus superiores y colaboradores fueron muy positivas y muy elogiosas en cuanto a su actitud de generosidad, piedad, honestidad y docilidad. Se comprometió con la vida interior de la comunidad y se relacionó con los Hermanos de su comunidad y sus compañeros de clase. Era una causa de unidad y de comunión dentro de la comunidad y en las obras de la comunidad. Uno de los profesores del escolasticado dijo que era atractivo, abierto y sociable, con una sonrisa de oreja a oreja y esos ojos brillantes que podemos ver en las fotografías del Hermano James, que son un testimonio de su atractiva personalidad, apertura, sociabilidad y amabilidad. No había nada falso en él. Su simplicidad cautivó a la gente. Era muy inteligente pero también muy, muy simple.

Cuando se le votó en los Hermanos de las Escuelas Cristianas, como sucede en todas las comunidades religiosas y sobre todo en los seminarios clericales, cuando un seminarista va a ser promovido a la profesión o a las órdenes y se le somete a un estricto examen y en su examen para la profesión de votos perpetuos, los votantes hablaron de su generosidad, de su influencia positiva y señalaron su gran interés y deseo de trabajar en las misiones. El director del escolasticado lo recordaba como una persona inteligente, aunque no intelectual, jovial, fácil de relacionarse, que prefería el trabajo físico a los deportes, con una profunda fe y amor por su vocación religiosa, pero con cierta tendencia a llegar tarde a la clase y a las oraciones comunitarias (como si se preparara para trabajar en América central o en América latina, donde la puntualidad no es una de nuestras virtudes). Al estar en Nicaragua, su antiguo deseo de trabajar en un proyecto misionero se hizo realidad. Desde Nicaragua, escribió que sentía una gran satisfacción por trabajar con los más pobres. Cuando alguien le preguntó si tenía miedo de los tiroteos que ocurrieron en los alrededores de donde vivía, respondió por carta: "¿Estás bromeando? Nunca pensé que podría rezar con tanto fervor cuando me fuera acostar".

Cuando llegó a Guatemala, era muy consciente de la situación que existía en Guatemala: a saber, los conocidos escuadrones de la muerte y las posibles consecuencias que podrían seguirle. En una carta que escribió en enero de 1982, declaró: "personalmente estoy cansado de la violencia, pero sigo sintiendo un fuerte compromiso con los pobres que sufren en América central. La Iglesia está siendo perseguida por su opción por los pobres. Conscientes de numerosos peligros y dificultades, continuamos trabajando con fe y esperanza y confiando en la providencia de Dios". Y añadió: "Soy Hermano de las Escuelas Cristianas desde hace casi 20 años, y el compromiso con mi vocación se hace cada vez más fuerte en mi trabajo en América central. Rezo a Dios por la gracia y la fuerza para servirle fielmente entre los pobres y oprimidos en Guatemala. Pongo mi vida en su providencia. Confío en Él". Un mes después de escribir estas palabras, cayó bajo las balas de los tres asesinos anónimos.

Sin duda, la llamada, el trabajo y el martirio del Hermano James es un punto de referencia, para la comunidad lasaliana y para todo educador cristiano, sobre la validez del ministerio educativo. Cuando la Segunda Conferencia General de la Conferencia Episcopal de América Latina (la Conferencia de Medellín) habló de la educación liberadora y después de que la Tercera Conferencia General de la Conferencia Episcopal de América Latina (la Conferencia de Puebla) la asumió como educación

evangelizadora, no sólo destacaron la fuerza transformadora de la educación, sino que entendieron que la educación no es sólo una transmisión de conocimientos, sino la configuración de la persona en torno a valores y actitudes, que en el caso de la Iglesia, son los valores del Evangelio.

Es cierto, como se dijo en la Conferencia de Puebla, que la educación como tal no pertenece al contenido esencial de la evangelización, sino a su contenido en su conjunto. La educación católica pertenece a la misión evangelizadora de la Iglesia y debe anunciar explícitamente a Cristo como nuestro libertador. El documento final de la Quinta Conferencia General de la Conferencia Episcopal de América Latina (la Conferencia de Aparecida) decía: "la fe cristiana nos muestra a Jesucristo como la verdad última del ser humano, el modelo en el que el ser humano se muestra en toda su magnificencia ontológica y existencial." Proclamarlo plenamente en nuestros días requiere coraje y espíritu profético. Contrarrestar la cultura de la muerte con la cultura cristiana de solidaridad es un imperativo para todos nosotros, y ha sido un objetivo constante de la enseñanza social de la Iglesia".

No se sorprenda, entonces, de que la acción pastoral del Hermano James molestó tanto hasta el punto de matarlo por ello. No hay nada que moleste más a los regímenes totalitarios, de izquierda o derecha de ayer o de hoy, que la educación. Ahí radican sus esfuerzos por suprimir la libertad de enseñanza y su apoyo a la educación nacionalizada, llegando incluso a pisotear un derecho humano tan fundamental como es el derecho de los padres a elegir la educación que consideran mejor para sus hijos. Por supuesto, no hay gente más dócil que la ignorante. No hay pueblo más sumiso que un pueblo domesticado y no hay pueblo más manipulable que un pueblo sin conciencia, sin criterio, sin valores.

El Hermano James, en su ministerio entre los indígenas, los más pobres entre los pobres, los hizo conscientes de su dignidad, sus derechos y sus responsabilidades. Esto quebró el sistema autoritario, explotador y abusivo de quienes veían en ellos sólo una mano de obra barata para hacer los trabajos más ingratos y peligrosos, sometiéndolos a condiciones de vida infrahumanas. Al mismo tiempo, el Hermano James los entrenó para que tuvieran acceso a nuevas y mejores oportunidades, rompiendo el círculo vicioso de la pobreza, la exclusión y el rechazo.

El Hermano Cyril Litecky, FSC, entonces el visitador (provincial) del Hermano James, escribió poco después de la muerte del Hermano James que es importante no olvidar al Hermano James Miller. Dijo: "Por lo que vivió y por lo que finalmente murió es por el mensaje evangélico de libertad, paz, justicia y verdad". No olvidemos al Hermano James. La mejor manera de no olvidarlo es haciendo de la libertad, la justicia y la dignidad de cada ser humano nuestra causa común, especialmente para los pobres, los marginados y los excluidos.

La opción para los pobres no es una cuestión política, a pesar de que tiene implicaciones y exigencias políticas. Es un tema evangélico, para que no recordemos que Jesús ha dicho que todo lo que hagamos a nuestros hermanos, incluso a los más pequeños, se lo hacemos a Él. Sería injusto para la vida, el trabajo, la misión y la muerte del Hermano James si dejamos que caiga en el olvido, si no retomamos la bandera de esa lucha evangélica que siempre levantó. Por tanto: *Hermano James, ¡ruega por nosotros! Amén.*